

AGENDA CIUDADANA

EXTREMOS DE MEXICO (2003)

Lorenzo Meyer

No es Coincidencia.- Dicen algunos que aseguran que de ésto saben, que en política no hay casualidades. Como generalización, la afirmación es obviamente falsa pero en la escena política mexicana actual hay un par de hechos significativos que, efectivamente, no son casualidades, sino movimientos bien calculados por dos actores cuyos proyectos y motivos simbolizan hoy los extremos de México. Se trata de las reapariciones en la escena política nacional del ex presidente Carlos Salinas de Gortari – campeón de nuestro neoliberalismo y de otras cosas-- y de su Némesis, el subcomandante insurgente Marcos y el movimiento indígena neozapatista. El origen y razón de estos retornos difícilmente pueden ser otros que el vacío político creado por la debilidad del gobierno del presidente Vicente Fox, un vacío que afecta ya directa y negativamente no sólo al proyecto sexenal, sino a algo mucho más importante: al proceso mismo de consolidación de la recién nacida democracia política mexicana.

¿Del “Salinillas” a Salinas?- Carlos Salinas abandonó México rumbo a un cómodo exilio, acicateado por la actitud que adoptó el último gobierno priísta, el encabezado por Ernesto Zedillo. Justamente Zedillo fue la persona que el propio Salinas impuso al PRI como candidato presidencial de emergencia, tras el asesinato de Luis Donaldo Colosio en 1994. Se trataba de un economista relativamente oscuro, miembro secundario del círculo salinista, pero cercano al jefe de facto del gabinete: el aún no doctor de Stanford, José María Córdova. El PRI, como partido de Estado en decadencia pero en control del grueso de los recursos políticos del viejo autoritarismo mexicano, aceptó, como siempre, la orden presidencial y aunque Zedillo no era realmente uno de sus militantes, logró por décimo cuarta ocasión consecutiva elevar al más alto cargo político a quien se le ordenó, aunque apenas con el 48.77 % de los votos válidos.

Como ya sabemos los mexicanos por haber sufrido sus consecuencias, en cuanto Carlos Salinas dejó la presidencia, se desfondó una economía prendida con los alfileres del capital especulativo externo. Una de las consecuencias inmediatas de esa catástrofe fue la necesidad de buscar culpables, fue ahí cuando estalló el conflicto entre el antiguo y el nuevo presidente. El momento cumbre de esa ruptura en la cúpula autoritaria fue el arresto y prisión de Raúl, hermano de Carlos Salinas, a quien se acusó de ser autor intelectual de un crimen que nunca se le ha podido probar, lo que no impidió su prisión en la pavorosa cárcel de alta seguridad de Almoloya, construida, irónicamente por orden del propio Salinas y según sus especificaciones. Sin llegar a abrir una acusación formal contra quien le había hecho presidente, Zedillo logró que en la práctica se cargara sobre Salinas toda la culpa de la brutal crisis económica de 1994-1995 y se volvieran a poner o se mantuvieron en el tapete de la discusión, el fraude electoral del 88, el origen de los millones de dólares encontrados en cuentas bancarias en Suiza a nombre de un alias de su hermano Raúl o la difusión de una conversación telefónica entre Raúl y su hermana, que resultó muy reveladora de la naturaleza de la corrupción en el sexenio salinista.

Para desacreditar aún más al de Agualeguas, además de alentar las sospechas sobre el uso que Salinas dio a la “partida secreta” del presupuesto –partida que hoy ya no existe— y de otras fuentes de posible enriquecimiento ilícito, también sirvió para echar por tierra el legado salinista: el mal resultado de su archi publicitado programa de lucha contra los efectos de la pobreza – el Pronasol—, y también la fuente de recursos de ese programa: la venta de algunas de las más grandes empresas del Estado a poderosos empresarios amigos y en condiciones privilegiadas. En fin, es larga la lista de las acusaciones no formales pero muy efectivas, contra Salinas, que ya existían desde el

inicio mismo de su propio sexenio, pero que creció y traspasó las fronteras a partir del rompimiento entre el ex presidente y su sucesor, Ernesto Zedillo.

Tras el triunfo de Fox y del PAN –partido que, por cierto colaboró, y mucho, con el gobierno de Salinas—, Salinas retornó a México, pero sólo hizo notar *urbi et orbi* ese regreso –un nuevo “destape”--, cuando consideró que disponía del medio idóneo en el momento exacto: una entrevista que le otorgó a *The New York Times* cuando las pasadas elecciones federales corroboraron la gran debilidad del gobierno de Fox y abrieron la posibilidad del retorno del PRI a la presidencia. Posibilidad que es menos resultado de lo hecho por el PRI y más, mucho más, del fracaso de la “política del cambio” de quienes en el 2000 echaron a ese partido de “Los Pinos”. Si finalmente ocurriera que en el 2006 el PRI pudiera recuperar “su casa presidencial”, sería el regreso de un partido que no ha cambiado en nada fundamental respecto del que dejó Salinas en 1994 y donde, por tanto, el ex presidente podría moverse como pez en el agua y servirle de líder moral.

En la entrevista del nuevo “destape” de Carlos Salinas, el ex presidente aseguró que Fox “ha sido muy respetuoso conmigo y con mi administración”. Tamaña suposición –el respeto del primer gobierno de la democracia por la anti democracia-- contrasta con la opinión que sobre Salinas hizo pública Vicente Fox en 1999, cuando aún buscaba echar a patadas al PRI de “Los Pinos”. En efecto, es ese año previo a la elección, apareció el libro Vicente Fox a los Pinos. Recuento autobiográfico y político, (Océano). Ahí, una y otra vez, el actual mandatario se refiere a Carlos Salinas como “el Salinillas”, es decir, con el máximo desprecio tanto para él como para su administración. Fox sostuvo entonces que Salinas había llegado a la presidencia gracias a un fraude tan enorme como innegable, y para fundamentar la acusación daba un dato que le constaba: las 80 mil boletas falsas encontradas en 1988 en León, Gto. (p. 70). Además, Fox acusó a Salinas de ser el responsable del fraude que en 1991 le había privado de su legítimo

triunfo como candidato a gobernador de Guanajuato. Sostuvo entonces Fox, entre otras cosas, que el gobierno había alterado el resultado electoral en 800 actas (pp. 78-80). Ese Fox de hace cuatro años acusó a Salinas no sólo de defraudar la voluntad popular sino de malbaratar, a favor de sus amigos, las empresas públicas privatizadas (p.74). El hoy presidente escribió entonces “Si alguien denunció y criticó al presidente [Salinas] cuando toda la iniciativa privada le aplaudía, fui yo. Ahí está el Diario del Congreso [para probarlo]” (p.76). Así pues, si efectivamente, como sostiene Salinas, el Fox actual “ha sido muy respetuoso conmigo y con mi administración”, entonces el actual mandatario ha dado un gran viraje. Convendría que el presidente que sí ganó limpiamente su elección –Vicente Fox— tomase posición frente a lo que acaba de declarar su amigo y futuro coordinador de los diputados panistas, Francisco Barrio: que, llegado el caso, se pueden negociar acuerdos con Salinas (La Jornada, 27 de julio), es decir, tratar con quien no hace mucho era indigno de respeto o confianza.

Ejército Zapatista.- Pasemos ahora a examinar la reaparición de quienes se colocan políticamente en las antípodas de Salinas y del salinismo: el subcomandante insurgente Marcos y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). El 23 de junio, la prensa trajo algo que había desaparecido de sus páginas: una nueva misiva -- inicio de una cadena-- desde Chiapas, firmada por Marcos a nombre de la organización rebelde.

Como se recordará, Fox aseguró en su campaña que si llegaba al poder, resolvería rápidamente el problema chiapaneco. Fox finalmente llegó a “Los Pinos” y en Chiapas se eligió a un gobernador sin ligas con la represión y la corrupción del pasado. La oportunidad se presentó al inicio del 2001 al concluir la espectacular marcha –y movilización-- que hicieron de Chiapas a la Ciudad de México el subcomandante y otros jefes rebeldes para, entre otras cosas, demandar el envío de los viejos acuerdos de San

Andrés al congreso. El presidente Fox hizo suyos los acuerdos y efectivamente los presentó al legislativo como iniciativa de ley. Sin embargo, no hizo nada para respaldar su iniciativa y al final la dejó en manos del PRI de Manuel Bartlett y del PAN de Diego Fernández --enemigos acérrimos del neozapatismo—, que la modificaran a su antojo para luego, con el inexplicable apoyo de parte del PRD, convertirla en la llamada “ley indígena”. Fox no se molestó, aplaudió el resultado (aunque no lo secundó su encargada de los asuntos indígenas, Xochitl Gálvez) y la Suprema Corte lo sancionó. Entonces ocurrió lo predecible: el rechazo tajante de los rebeldes a la “ley Bartlett-Fernández”. El “arreglo en 15 minutos” se tornó en la prolongación de un conflicto que ya va para diez años.

El fracaso de su cabildeo llevó al EZLN a replegarse y al silencio. El escenario lo dominaban entonces las enormes expectativas creadas por el nuevo presidente y su “política del cambio”. Desde el gobierno y ámbitos afines, se sugirió que el silencio de los rebeldes se debía a que Marcos ya no estaba en Chiapas pues había sido destituido o eliminado por sus adversarios internos. Pero justo tras la derrota de Fox y el PAN en las elecciones del 2003 --cuando el grueso de los electores simplemente dejó a las urnas esperando--, y cuando los fantasmas del pasado autoritario y corrupto empezaron a materializarse, el EZLN reapareció para tratar de recuperar la iniciativa.

El trasfondo de los nuevos comunicados del subcomandante Marcos --ratificado como vocero de la dirigencia del neozapatismo— es lo que el llamó la “tragicomedia” de la política nacional, el desastre económico y el fantasmagórico “Plan Puebla-Panamá”. El objetivo de la nueva ofensiva política del EZLN es reafirmar esa bandera suya y de otros movimientos indígenas, que es la autonomía local. Para empezar, el EZLN asegura que se defenderá frente a los grupos paramilitares aplicando una variante de la ley del

tali3n: “dos ojos por cada ojo”. Si en el fondo de toda pol3tica est3 la posibilidad de la violencia, en Chiapas esa violencia no est3 en el fondo sino en la superficie.

Los comunicados neozapatistas dejan en claro que la autonom3a de los municipios que controlan y que se empez3 a materializar hace m3s de siete a3os, se ejerce ya a contrapelo de la “ley Bartlett-Fern3ndez”, es decir, de la que no resolvi3 sino complic3 el problema que se le plante3. Esa autonom3a de los municipios neozapatistas implica un inevitable choque de legitimidades, pues los municipios aut3nomos y sus “juntas de buen gobierno” no s3lo organizan a la comunidad, dan servicios y establecen relaciones con actores externos, sino que recaban impuestos, otorgan certificados e imparten justicia. En suma, el problema pospuesto en el 2001 en relaci3n a Chiapas –se supuso que la legitimidad recogida en las elecciones del 2000 aunada a una pol3tica social bien dirigida, tender3a a hacer irrelevante al EZLN--, resurge ahora con la fuerza que nace de combinar una resistencia exitosa con el fracaso del enfoque foxista.

Para Concluir.- Justo a la mitad del “gobierno del cambio” est3n reencarnando los fantasmas que Vicente Fox decidi3 no confrontar al inicio de su sexenio, confiado quiz3 en que la combinaci3n del paso del tiempo con la fuerza de la transici3n, los llevar3a a desvanecerse. Fue por ello que en el momento adecuado no hizo gran cosa para confrontar en toda su complejidad la vieja y muy justa demanda de aquellos grupos con las ra3ces m3s profundas en estas tierras, los que tienen los t3tulos originales: las comunidades ind3genas. Por la misma raz3n, supuso que en vez de exponer con toda crudeza la corrupci3n, abusos y cr3menes del antiguo r3gimen, era preferible tratarlo con “respeto”, con un respeto que no se merec3a y que era falta de respeto para sus v3ctimas.

El resultado est3 a la vista: ahora Fox tiene que enfrentar esos dos grandes temas pospuestos en condiciones mucho m3s dif3ciles que las originales. A estas alturas los

viejos extremos de México --los ilegítimos y los legítimos-- han tomado la iniciativa. ¡Vaya que la consolidación democrática se está complicando! Es indispensable que la sociedad mexicana --y, por qué no, la internacional-- se manifieste en relación al problema de nuestra transición, pues la política es algo demasiado serio como para dejarla en manos de los “políticos”.